

1845 el más concurrido de la ciudad. Veíase palpablemente el incremento que iba tomando la piedad y el religioso entusiasmo de aquel vecindario en la frecuencia de Sacramentos y cambio de costumbres en toda clase de personas, pero se hizo más notable en el barrio llamado de los guanteros, contiguo á la Iglesia de San Francisco, antes célebre por la disolución que en él reinaba y por la osadía y desvergüenza de sus moradores que ponía miedo en lo restante de la población, y después que se logró con el atractivo de la novedad atraerles á oír la palabra de Dios, se mudó tan completamente, que no sólo llegó á ser el más quieto y tranquilo, sino hasta edificante y ejemplar. Todos estos tan fructuosos trabajos al par que conciliaban y consolidaban el amor de aquella buena gente á la Compañía, ponían en armas á algunos, cuya conducta é ideas no estaban en consonancia con la moralidad, la piedad y reforma de costumbres que prodigiosamente se extendía en Medellín. Aquí, como en todas partes, existía un núcleo de hombres embebidos en los errores modernos: por lo general eran jóvenes salidos del Colegio Académico á los cuales apoyaban é instigaban dos arquitectos protestantes traídos en mala hora del extranjero, que fuera de predicar abiertamente el indiferentismo, trataban de organizar una sociedad antijesuítica, como en efecto lo hicieron, dando no poco en que entender así á los PP. como á todos los buenos.

30.—Los
Amigos
del
País.

30)—Fuera de los ministerios espirituales y de la clase de latinidad en que se ocupaban los PP. por complacer á las familias deseosas de que sus hijos recibieran la enseñanza de fuentes puras, determinaron abrir una clase de Filosofía que sirviera como de preparación para el curso próximo. Habida la anuencia del Gobernador, comenzó el P. Amoros á leer principios de Lógica y Matemáticas con toda la suficiencia de quien tanto había brillado en Roma,

1845 cuando cursaba estas materias, y con toda aquella apacibilidad y finura que le caracterizaban y hacían amabilísimo á cuantos le trataban. Los discípulos que se presentaron no hacían presagiar los mejores resultados: eran en su mayor parte los últimos que habían cursado anteriormente en aquel mismo Colegio, jóvenes ya crecidos, ajenos á toda disciplina y para quienes los cepos y calabozos del régimen pasado habían servido de objeto de ruidosas travesuras. Sin embargo, en un principio no se manejaron tan mal como era de temerse. Celebróse con la pompa que fué posible la fiesta del Angélico Patrono de la juventud San Luis Gonzaga, y fuera de la parte religiosa se tuvo un acto literario harto sencillo, como de quien tan á los principios no podía contar con elementos suficientes. Entre otras composiciones poéticas se declamó un diálogo propiamente de niños, pero en el cual se satirizaban indirectamente las maneras afeminadas, ridículas é irreligiosas de ciertos jóvenes del día. El argumento de por sí era muy moral y muy útil, mas por ventura le faltaría la oportunidad. Diéronse, sin duda, por aludidos algunos mozos, y como para vengarse, dieron á luz un papel pseudónimo en que se criticaba con mucha falta de criterio todo el acto literario. (*) Este fué como el primer grito de guerra contra la Compañía: muy presto apareció organizada la liga antijesuítica con el nombre de «Los Amigos del País», la cual publicaba un periodiquillo con el mismo título y el único objeto de reproducir en él cuantas calumnias y denuestos han escrito contra los Jesuitas todos sus más encarnados enemigos. Tales calumnias, aunque tantas veces y tan victoriosamente refutadas, podían causar muy mala impresión en un pueblo acostumbrado á

(*) Firmábase el libelista Juan Algarrobo, y es el mismo que en otros libelos posteriores usaba el pseudónimo Emiro Castos.

1845 oír elogios de los hijos de San Ignacio; sin embargo, no fué así. Al ver la actitud de silencio y paciencia con que los PP. se presentaban ante sus enemigos, actitud que estos no esperaban, lejos de dar fe aquellos juiciosos Medellínenses al farrago de mentiras del nuevo periódico, cobraban mayor estima y aprecio de ellos y se esmeraban en darles mayores muestras de su afecto.

Entre tanto los jóvenes estudiantes de Filosofía, fuera por instigación de gente malévola, fuera que su carácter discolo les incapacitara para sujetarse al orden y disciplina, sin la cual la enseñanza es imposible, ó lo que es más probable, por ambas causas á la vez, llegaron á portarse de una manera tan inconveniente, que se hizo necesario tomar la medida extrema de cerrar aquella clase, no sin que el Gobernador mismo hubiese tomado á su cargo el castigo de algunos culpables.

31.—Colegio de Misiones en Popayan.

31)—En Bogotá parecía estar más calmada la lucha y no era ciertamente tiempo oportuno para hostilizar á las claras á los PP., cuyo celo tenía entusiasmada la ciudad: ejercicios, misiones, funciones religiosas como las de la Semana Santa y el hermostísimo mes de Mayo, celebradas con extraordinaria solemnidad, la continua asistencia á los enfermos y moribundos enamoraba á aquel religioso pueblo. Por otra parte, las muestras que daban de aprovechamiento los pocos discípulos que educaban, sus trabajos en el Seminario que les unía tan estrechamente al Prelado Diocesano que en todo les apoyaba, y finalmente el afecto con que parecía tratarles el Presidente Mosquera y las grandes ofertas que les hacía, comenzaban á dar ciertos visos de estabilidad á la Compañía. Por de pronto tales ofertas, más de palabra que efectivas, se limitaron á un decreto cediendo á la Compañía el Convento de San Francisco en Popayan, para establecer en él un Colegio de Misiones. No consta que los

1845 PP. hayan pretendido tal establecimiento, ni nos persuadimos que lo hayan aceptado gustosos, sobre todo cuando á pocos días se publicó un nuevo decreto uniendo á él la traslación del Noviciado á aquella ciudad. Es cierto que cuando se fundó el Noviciado no se contaba con más renta que las limosnas de muchas personas amigas, así religiosas como seglares; pero muy presto comenzó esta á formarse debido á la generosidad de D.^a Agustina Fuenmayor, noble matrona que había donado á la Compañía dos casas y una buena cantidad de dinero. Las vocaciones habían ya comenzado á despertarse en la capital y era probable que fuesen en aumento; y el tener que emprender un viaje tan largo y penoso para llegar al Noviciado podía ser un motivo justo para retraer así á los jóvenes, como á los padres de familia que, cuando se resignan á dar sus hijos á Dios, quieren á lo menos tener el consuelo de verles. Muchos ministerios se habían abarcado ya en Bogotá y Medellín y el desmembrar á lo menos dos sujetos para la fundación de la nueva casa, habría de sobrecargar á los restantes. Sin embargo, los dos hermanos Mosquera, el Arzobispo y el Presidente, hijos de Popayan, y apretados además por los ruegos de su familia y amigos de aquella población tan religiosa, y cuyo amor á la Compañía jamás se ha desmentido, tomaron la resolución de valerse del paliativo de la ley de misiones para hacer aceptar aquella casa, á la cual siguió muy presto el Colegio de primera enseñanza, que era sin duda lo que se pretendía de primera intención. Expió, pues, el Presidente un decreto que copiaremos aquí á lá letra, porque confirma lo dicho sobre el concepto que tenía de los Jesuitas el Gobierno que por entonces á lo menos se profesaba amigo suyo y se daba por católico; dice así:

«Tomás Cipriano de Mosquera, Presidente de la República. Visto el informe dado por el M. R. Arzobispo